

“Un año en velero por el Mediterráneo”

Islas griegas del Jónico



¡Ítaca existe! ¡Y el paraíso también, para quien ame la mar y la libertad! Y está tan cerca...En el mediterráneo oriental: en el mar Jónico. ¡En Grecia! Solo hay que buscarlo y aceptar la grandeza de la mar junto a sus riesgos. Sin reglas. Sin controles. Sin seguros. Sin zonas de confort. Sin apenas marinas, ni asistencia. Hay que buscarse la vida permanentemente, como los animales en libertad. No hay que pagar por casi nada, pero hay que encontrar y guardar tu sitio. Disfrutar de la vida errante. Cada día será distinto y novedoso. Sorprendente. Para bien y para mal. Es la libertad que da la mar, aún no sometida a las reglas de nuestra sociedad, cada vez más intervencionista, con gestores ávidos de poder, con adscripción política, no suficientemente cualificados, y muy dados a manejar nuestros destinos y nuestras haciendas.

Nuestra navegación en este veraniego mes de julio, ha sido más breve en millas. Etapas muy cortas, de paseo. Más relajada. Menos exigente en técnica de navegación y más vacacional. Arrancó en el sur de Italia y ha pasado por innumerables calas y muelles en las islas del Jónico. Corfú, Paxos, Antipaxos, Lefkas, Meganisi, Atokos, Ítaca, Kastos, Kalamos y Cefalonia, además de algún puerto en el continente peninsular.

Os dejé en la anterior crónica a punto de cambiar de país, en Santa Maria de Leuca, un agradable balneario, en la Italia más meridional, en el tacón de la bota. Aún tuvimos tiempo de visitar durante un par de días en Lecce y Gallipoli. Y seguimos con las sorpresas. Italia es toda ella un museo. Particularmente nos sorprendió Lecce, cuya existencia desconocíamos. Monumental, como Florencia, atestada de palacios venecianos y barrocos. Una delicia. Un regalo a los sentidos. Gallipoli por su parte, con sus casitas blanqueadas y callejuelas estrechas y curvas, presenta un gran parecido con



Cádiz, ya que se trata de una isla amurallada, unida por un puente al continente, a la parte nueva de la ciudad. Pero el turismo la ha tomado a saco y le ha arrebatado parte de su gracia, de su encanto, de su naturalidad, como puede haber ocurrido en lugares tan especiales de nuestra preciosa costa este peninsular como pueden ser Cadaqués (Girona), Peñíscola (Castellón) Altea (Alicante), o Mojacar (Almería).

En la mar siempre nos encontramos personajes singulares y pintorescos. Algunos de ellos entrañables y adorables, como el que ahora os voy a describir. En Santa Maria de Leuca, último puerto antes de dar el salto a Grecia, cuando estábamos entrando, vimos un barco con bandera española y matrícula de Alicante. Su único tripulante a la vista, nos saludó, desde lejos, en español, y al ir aproximándonos el “ormeggiatore” nos hizo señales para atracar a su babor. Saludamos a nuestro compatriota y mantuvimos con él una simpática conversación, quedando emplazados para más tarde tomar una cervecita y charlar un rato. Nos dejó impresionados. Se trata de Juan, un navegante de los auténticos, que navega en solitario. Pero lo mejor de todo, es que tiene 70 años y conserva el entusiasmo y la energía de un chaval. Esta hecho de otra pasta. No sólo es que navegue sin tripulación, con un barco grande para un solo tripulante, un “Comet 43”, sino que ha intentado, en tres ocasiones, llegar hasta Islandia, enfrentándose a mares muy bravos, aunque, superada Escocia, ha tenido que desistir y poner proa al sur, al golfo de Vizcaya. Y lo va a volver a intentar de nuevo el próximo invierno. Por aguas mediterráneas navega cada año, saliendo de su Bilbao de adopción, recorriendo toda la costa portuguesa, para cruzar Gibraltar y proseguir hasta aquí, navegando día y noche, camino en esta ocasión, a Croacia, a donde su mujer volará, para encontrarse con él. Y así lo hace, año tras año. Pero no sólo es eso, sino que ha cruzado el Atlántico, también en solitario, no con este barco, sino con uno de aluminio que se construyó con sus propias manos, como nos ha dado prueba con las fotos en que se le ve a él, en las diferentes fases de la construcción de la estructura del barco. Un fenómeno. Una persona sin previa formación ni experiencia náutica, que hacía submarinismo y a quien, a los 45 años, le invitaron a una navegación costera entre Bilbao y Castro Urdiales. Quedó entusiasmado con la sensación de la navegación a vela y decidió no solamente navegar y sacarse las titulaciones, etc., sino construirse su propio barco, con sus manos. Le compró los planos de un barco de aluminio a un francés y se puso manos a la obra. ¡En dos años arbolado y botado! Es cierto que tenía una empresa de calderería, era artesano y conocedor del trabajo de los metales, pero aun así, construir un barco, no es hazaña sencilla.

Juan es una persona singular, optimista, sin complejos, que cree que se puede lograr todo lo que uno se proponga. Qué razón tiene. Solo hay que tener fuerza de voluntad para afrontar el esfuerzo que cualquier logro requiere. En una tranquila cena, con un excelente rioja, nos contó que aquel barco lo construyó hace veinticinco años y navegó con él durante dos décadas. Ahora, septuagenario ya, sigue navegando en solitario, con valor y mucha experiencia acumulada. Además, es un agradecido de la vida, a consecuencia de haber sobrevivido a una angina de pecho hace quince años, que lo tuvo al borde de la muerte. Desde entonces está prejubilado y navega continuamente, todo lo que puede. Y todo ello sin hablar otro idioma que el nuestro (No se cómo se las arregla para hablar por radio VHF cuando llega a los puertos, sin conocer el idioma local, o al menos dirigirse en inglés, que es la lengua común en las actividades internacionales. Meritorio. Se le ve feliz y pleno de positivismo y entusiasmo. Hemos hecho un gran amigo con quien, a ciencia cierta, volveremos a coincidir por esos mares de Dios.



¡Al fin llegamos a Grecia! Y allí al frente... Corfú. No la Grecia del mar egeo, que nos muestran en los anuncios, tan hermosa por otra parte, de pueblos blancos inmaculados, en entornos desérticos, donde el azote del intenso meltemi no permite crecer la vegetación. Este viento griego me recuerda al levante gaditano cuando navegaba con mi anterior velero, el "Aurican", por aguas del estrecho. Algunos días eran de enloquecer, como excelentemente narra Almudena Grandes, en esa gran novela que es "Los aires difíciles". Pues no. A esa Grecia iremos más adelante. Ahora estamos en otra Grecia, más natural, más poética, menos turística y visitada, en las islas del Jónico. Montañas y quebradas. Verdes, con intensas laderas boscosas de pinos entreveradas de olivos y cipreses. Tupidas, escarpadas, con recoletas y profundas calas, de aguas cristalinas y turquesas, mientras que en las aguas profundas se mantiene un intenso azul. Clásicas tabernas emparradas, con sillas y mesitas de madera y esparto, mirando al mar, donde el dueño te lleva a la cocina, para que veas lo que están preparando y escojas, entre sus especialidades muy de cocina familiar, sin sofisticación pero con mucho sabor, lo que te servirán después, con una sonrisa y un delicioso "resina" fresquito.



Musaka, queso feta, tzatziki, cordero kléftico, espeta de sardinas, pulpo al carbón, aceitunas, etc. La Corfú con la que Gerald Durrell nos hizo soñar en la adolescencia, con la naturaleza y la fauna en "Mi familia y otros animales". La Corfú donde su hermano Laurence escribió el "Cuarteto de Alejandría". En fin, una belleza de paisajes. Pero, lo que aún es mejor: su paisanaje. La simpatía de sus habitantes, sonrientes y contemplativos. Si, existe aún ese mundo. Es como una vuelta al pasado. Gentes orgullosas de su trabajo y de su pueblo. Esas ancianas vestidas de riguroso negro, como en la España de los sesenta. Yo, que he sido metodológicamente muy estructurado trabajando y viviendo, maximizador del tiempo, muy preocupado por la eficacia, la eficiencia y el método, admiro este saber vivir mediterráneo, pausado, que también sabe recrearse y sentir esos momentos aparentemente "perdidos" Es una constante. En Cerdeña, en Sicilia o en las islas griegas, se repite esta actitud plácida ante la vida, que hace reflejar en sus caras una sensación de equilibrio y bienestar, de estar contentos con la vida. Bien sabéis que en muchas publicaciones y entornos económicos, los países del norte de la UE nos llaman despectivamente a los países sureños "PIGS" (cerdos en inglés), acrónimo resultado de juntar las iniciales de los cuatro países (Portugal, Italia, Grecia y Spain).

Es cierto que, en general, podemos ser más desordenados, menos eficientes, con defectos poco loables, como ser más corruptos, anárquicos, caóticos y peor gestores. Pero en cambio, qué alegría de vivir se destila, que simpatía, que humanidad. Me enorgullezco de pertenecer a este mediterráneo milenario,



que desarrolló la cultura griega y romana, mucho más refinadas y evolucionadas que las existentes en su momento en sus países vecinos del norte. Cada día entiendo más porqué gran cantidad de europeos del norte que vamos encontrando, dejan aquí sus barcos y cada verano, regresan a su particular paraíso, año tras año.

Permitidme una loa al fondeo. Va a ser difícil transmitir lo siguiente, aunque quiero intentarlo para compartirlo con quien nunca lo ha hecho. Navegar a vela es muy divertido, pero muy exigente cuando se cuenta con tripulación reducida. Como ya os manifesté, estamos siempre activos y resolviendo. Cuando estamos en marcha, se requiere planificar y definir la ruta del día, estudiar la meteo, los derroteros y las cartas, identificar obstáculos y dificultades que encontraremos en nuestra derrota, como pecios, bajos o rocas sumergidas, trimar velas, acomodar el barco a las circunstancias de ola y viento reinantes, que suelen cambiar a lo largo del recorrido y al llegar a puerto baldear el barco, reponer avituallamiento, lavandería, reparaciones, compras, conocer y disfrutar de los lugares de interés cercanos, alquilar coche cuando procede, estudiar la historia y lo que se puede visitar, etc., etc... Toda esta dinámica de actividad, se quiebra cuando uno tira el hierro por la proa, larga cuarenta o cincuenta metros de cadena, en una cala semi desierta, en que se transparenta el agua y se ven los peces y el fondo. Justo la antítesis de lo anterior. Ya puede soplar el viento cuanto quiera. Entramos en nirvana. Absoluto relax. No hay nada que hacer, salvo relajarse, mirar al cielo, leer, observar el entorno, sentir la caricia del viento y el mecer del mar, dormir o bañarse. Es un cambio de chip absoluto. Dejo de ser yo, el eficiente maximizador de tiempos y me abandono. ¡Distendido, como si me hubieran dado una descarga de electrodos! Me cuesta creerlo, pero es así. Toda una terapia. No me iría nunca de estas calas. No me canso de contemplar el paisaje y sentirme bien, con placidez. Solo eso. Que paz. Solo en la nieve se puede encontrar algo similar.

Nos movemos a otro ritmo, más pausado, recorriendo pocas millas diarias, en un entorno muy natural, aunque siempre bajo el desafío de navegar en aguas desconocidas y buscar cada día cobijo en muelles o calas. No hay propiamente dichos, muchos puertos, bajo lo que conocemos bajo tal nombre. Apenas son viejos pantalanes, diques o calas en las que amarrarse con ancla por proa y cabos a donde se pueda, por popa, para evitar el borneo. Mucha atención y cuidado a los derroteros y cartas, que a veces tienen carencias o inexactitudes, como rocas sumergidas o rebarbas sumergidas en el pantalán, algún canal más o menos confuso, aguas poco profundas en ocasiones, que requieren extremar la precaución. Hay que estar atento siempre. Aunque, los vientos, en general están siendo fáciles, cómodos.

Lamentablemente, algunos lugares están pagando un precio por su gran belleza. Precisamente esa belleza atrae cada vez a más visitantes y turistas, hasta llegar al punto de saturación en los lugares más conocidos. Un paraíso que dejará pronto de serlo, en cuanto se generalice el turismo náutico de masas. Qué lástima. Ya experimenté este proceso en Bali, isla muy auténtica entonces, cuando viví en Indonesia, en 1984, época en la que en Denpasar no había más hoteles que rudimentarios “lodges” para surfistas australianos, donde ahora se ofrecen miles de plazas hoteleras a todo lujo, para turistas empaquetados de todo el mundo y en todos los idiomas. En fin, que las islas griegas más naturales probablemente tengan sus días contados en su estado actual, para quizás metamorfearse. Daos prisa los navegantes en venir por aquí, porque este paraíso tiene fecha de caducidad, me temo que no muy lejana.

Y, como no, en tierra de olivos y vides, una referencia al vino. Si os sorprendieron las varietales de uva que os comenté en Cerdeña, aquí la sorpresa sigue.... En Sicilia descubrimos el Nero D'Avola y el Negro Amaro y en la Italia continental la uva Primitivo. En Grecia nos aficionamos al vino blanco elaborado de las uvas Róbola, Sabatiano y Malvasía, además de la clásica “resina”, vino blanco joven a granel de la cosecha del año, que toma nombre y sabor de la resina con que se sellaban las cántaros (como en mi Navarra natal la “pez” con que recubren el interior de las botas de cuero para



impermeabilizarlas, dan un particular sabor al vino tomado en bota). Y entre los tintos la variedad Mavrodaphne. Todos distintos y sabrosos.

Una advertencia para los que vayáis a navegar hasta estos mares: atención a los cargueros en las rutas largas, obviamente no entre pequeñas islas griegas. Hay que estar muy atentos siempre. Ellos ponen rumbo fijo y pareciera que ningún tripulante esté presente en el puente de mando. En dos ocasiones, en el estrecho de Otranto, en el mar Adriático, entre Italia y Albania, tuvimos que modificar nuestra derrota, para evitar el abordaje de sendos monstruos. Su maniobrabilidad es muy limitada y su rumbo predeterminado. Los veleros no existimos para ellos.

¡Una captura, al fin! Tras las frustraciones anteriores a causa de los atunes, pescamos una enorme llampuga de 20 kg, que nos presentó mucha pelea, hasta conseguir agotarla y sacarla del agua. ¡Nos llevó más de una hora y media! Que precioso pez, con increíbles colores fosforescentes, azul, verde y amarillo, como podeis ver en la foto. Coincidió que teníamos invitados esos días, a nuestros amigos uruguayos Susana y Luis, cuya ayuda fue muy de agradecer, al tener más abrazos para relevarnos al tirar de la caña y del hilo. ¡Que rico que estaba! De sabor y textura parecidos al atún, nos dimos un gran banquete y aprovechamos todo, en diferentes condimentos o usos.



Que distintos son los amarres aquí. Es el mundo libre, desestructurado y sin organizar, y generalmente gratuitos. No sorprende, por tanto, que miles de barcos europeos busquen aquí su particular paraíso. Frente a las proliferas y organizadas marinas o puertos deportivos en España, Francia o Italia, donde, sean públicas o privadas, está todo organizado, es normal reservar para asegurar un puesto y llamar por VHF al llegar, para que un marinero nos asista en la maniobra de atraque, tomando las amarras de popa en tierra y dándonos la guía que permite afirmar una cornamusa de proa a un muerto sumergido, por el contrario, en Grecia todo funciona de otro modo.



Lo habitual es que los puertos estén descuidados (hay algunas excepciones con muelles muy cuidados, pero son escasas), caóticos, y cada uno amarre donde encuentre un lugar. No hay asistencia, ni nada parecido. Te aproximas, tirando el ancla por la proa, tres o cuatro esloras antes del punto de amarre, ya enfilado, entrando con la reversa, de popa hasta llegar al punto donde pasar nuestras amarras por el noray o la argolla más cercana. Si no hay ningún vecino atento, toca saltar para afirmarlas. Cuando no queda hueco en el pantalán, se fondea a la griega, donde encontremos una protección que sea segura. En fin, una aventura, cada recalada. Incluso hay torres de agua y luz, en muchas ocasiones. Cuando no las hay, normalmente en la taberna más cercana permiten engancharse a su electricidad y agua. A cambio de que cenar en ellas. O también hacen la ronda camioncitos cisterna, tanto de agua, como de combustible, ya que no es frecuente que haya gasolineras.



Todo más básico, precario, más sencillo, más desordenado. Pero funciona. Cuando los muelles son grandes no suele haber problemas, pero cuando el espacio es limitado, en algunos lugares se observa una cierta carrera por llegar y encontrar sitio. Muchos barcos y poco espacio. Sobre todo en los pueblos más solicitados. Si los vientos rolan no es infrecuente que las cadenas y anclas se lioen, se superpongan, se enreden y se produzca un pequeño revuelo cuando alguien se va, pero habitualmente se resuelve con buena fe y buena disposición de los vecinos. Lo sorprendente es que, cuando parece que no cabe un barco más, llegan otros y encuentran acomodo en los lugares más inverosímiles, teniendo que bajar del barco con la zodiac. Esto es una escuela para atracar. Muy distinta a las facilidades a las que estamos acostumbrados en España. Aquí es como en los tiempos remotos. El mar es público y libre. Cada uno se mueve dónde y cómo puede.

Hemos conocido gente muy agradable, con quienes intercambiamos información sobre lugares y rutas, además de lo que es más importante: charlas con personas que comparten la afición por la mar, en torno a alguna botella de buen vino. En Parga, por ejemplo, tuvimos que alejar el barco del pantalán para que no pegue en las rebarbas que sobresalían bastante de aquel, para quedar en una posición



desde la cual la pasarela no tenía la suficiente longitud para alcanzar el pantalán y bajar a tierra. Pensábamos bajar poniendo la zodiac a modo de puente añadido, pero ni aun así. No nos quedaba otra opción que pedir permiso a los vecinos para pasar a través de su barco. Se trataba de una pareja noruega de nuestra edad, May y Bjorn, a quienes acompañan su hijo con su esposa y un bebé. Viven en el extremo norte de Noruega, en el paralelo 70° norte (como referencia os recordaré que Miami está en el 25°, Madrid en el 40° y Edimburgo en el 55°). Pescan salmones en su cabaña de campo, a 20 grados bajo cero, y tienen su velero siempre aquí, donde vienen cada verano, buscando el sol y el calor humano. Disfrutaron los vinos español y uruguayo que les ofrecimos, con una rica mojama y un queso parmesiano, con 28 meses de curación. Que gracia que les sorprendió la mojama. ¡Con los ahumados que ellos tienen! También conocimos un grupo de italianos, que nos ayudaron con las amarras en Platara y según apagamos motor e intercambiamos los habituales breves saludos nos dicen: “Nos gustan los españoles. Donde comen diez comen doce, y estáis invitados a una pasta auténtica dentro de una hora en nuestro barco. No aceptamos excusas”. Con ellos nos reímos mucho en una divertida comida y sobremesa, fraguando una amistad que meses más tarde nos llevaría a visitarles en sus casas en Pesaro, cuando regresamos por Italia. Mención especial merece el arroz que nos preparó en su barco, el “Seny”, nuestro amigo José. Con ellos nos encontraríamos primero en Mourtos, después en Gaios (Paxos) y de nuevo coincidimos en Preveza. Una maravilla la convivencia con la comunidad navegante. Allí en Preveza pudimos disfrutar de la primera e intensa tormenta de verano que nos sorprendió con un enorme diluvio, que arrasó con el techo de la taberna donde nos congregamos, pero que no logro aguarnos la fiesta. Tenían otra zona techada, en la que pudimos refugiarnos y salvar la noche. Como cuando hace cuarenta años, cuando no existía internet ni apenas había alguna guía de viaje (Fodor, Michelin y Nouvelles Frontieres...) los mochileros por el mundo nos encontrábamos en los albergues y “lodges” para compartir vivencias, tertulias e información “privilegiada”, de primera mano.

Como no hay Yin sin Yang, también encontramos el contrapunto. Se trata de las temidas “flotillas” o “charteristas”. Como la navegación se ha puesto muy de moda, muchos jovencitos y otros no tan jovencitos, alemanes e ingleses mayoritariamente, deciden pasar sus vacaciones en veleros en Grecia o Croacia. Hay miles de barcos que se alquilan por semanas, en esta modalidad de flotillas, que consiste en que un grupo de improvisados navegantes de una semana al año, sin la más remota idea de navegación en la mayoría de los casos y jugando a lobos de mar de fiesta, se embarcan en una docena de barcos, cada uno de los cuales lleva de seis a ocho de personas a bordo, marchando en grupo, cual flota compacta, conducidos, o pastoreados, por el barco líder, que va patroneado a su vez por un más o menos inexperto capitán, tan joven como los arrendatarios. El resto de barcos que componen la flota van patroneados por aficionados, aún más inexpertos. Cuando llegan a una cala, fondean inmediatamente, sin dar la preceptiva vuelta de reconocimiento del lugar, sin tener en cuenta el posible borneo de sus barcos, ni asegurarse de que el ancla esté firmemente sujeta al fondo. Al fin y al cabo, el barco no es suyo, han venido a divertirse, creen que un barco se comporta como un coche, cuando llega al aparcamiento de la playa. A saltar y a bañarse. Allí se queda el barco y si garrea y golpea a otro, el seguro de la arrendataria se hará cargo. No es su problema. Sin que el ancla haya tocado fondo, ya han saltado al agua, prestos y veloces, y se están bañando todos al tiempo, mientras vociferan, ponen música tecno estridente, entre gritos y risas, en fiesta etílica. Ruidosos, vociferantes, chillones, musiqueros e irrespetuosos (no todos, obviamente). Cuando vemos un barco de alquiler que viene a fondear a nuestro lado, ¡nos echamos a temblar! En varias ocasiones, se han puesto tan pegados a nosotros, sin valorar la distancia, ni el posible borneo que puede ocasionar un rol de viento por la noche, que optamos por levantar el fondeo y movernos a otro lugar, unas esloras más allá. Es la ley de la selva y no hay reglas. No todo el mundo tiene el sentido común o la responsabilidad deseables. Es lo que hay. Una plaga creciente a tener en cuenta. ¡Aviso a navegantes! Son el contrapunto a la otra flota, barcos tripulados por amantes de la mar, generalmente armadores de su propio barco, aunque no necesariamente, tripulados por una pareja, una familia o unos pocos amigos, que saben lo que se hacen, de gente navegante, que tiene otras motivaciones, otros desafíos, que pretenden descubrir lugares y sensaciones, aprendiendo cada día del inabarcable arte de navegar,



observando, haciendo camino al andar, respetuosos con el entorno y con los demás, amigables y comunicativos.



Seguimos al sur y nos encontramos la sorpresa del mar interior de Preveza, donde pierde su azul añil intenso, mutando al verde. Es como el mar menor de nuestra España. Un poco más grande y bastante más profundo, hasta 30 metros en algunos lugares. Con mucha vida. En un solo día pudimos ver varios delfines, muchos peces y dos tortugas enormes, asustadizas, en el puerto, que pasaron a tan solo cinco metros del barco. Sorprende que haya granjas acuáticas por doquier y quizás ello contribuya a que los peces en libertad se acerquen a por alimento. Distinto mar, en todo caso y muy recomendable.

En las calas hemos encontrado lugares, aldeas y tabernas en los que pareciera que el tiempo se detuvo, hace 50 años. Con sus porches emparrados, sus viejecitas vestidas de negro integral y su pausado vivir. Mención especial merecen Kastos, Spília y Abelíke (estas dos en Meganisi). Recoletas, con apenas unas casas y alguna taberna frente al mar. Con capacidad para pocos barcos en sus muelles y una tranquilidad olvidada. Aquí nos reencontramos con nuestros amigos noruegos y su familia, que nos adoptaron en Parga, y se muestran felices con el reencuentro. Nuestra idea preconcebida era que los nórdicos son fríos, pero, al menos estos, son tan afectuosos y cariñosos como nosotros. Quizás tan solo hay que habilitarles, mostrando afectos, para que ellos también los dejen aflorar, ¿no? En todo



caso estamos emplazados para ir a su casa, a disfrutar de esas maravillosas auroras boreales que les iluminan el cielo reiteradamente. ¡A 20 grados bajo cero, claro! Seguro que a nuestro regreso les visitaremos. Un lujo de gente cariñosa.



Y al fin llegamos a Ítaca, nuestra Ítaca particular, aquella que todos buscamos y la Ítaca que existe en el Jónico, como gran referente en nuestra búsqueda. La mera mención de la palabra, como si de magia se tratara, nos hace soñar y deja volar la imaginación de cada uno. Ulises está presente en la mente y el corazón de todos nosotros, ¿no? Aunque, como éste, hay que recordar que lo interesante no es llegar sino recorrer el camino.

Aquí os dejamos hasta el mes próximo. En breve emprenderemos camino al estrecho de Corinto, con parada obligada en Nafkatos (nuestro Lepanto, en español). Lugar importante y épico de la historia de nuestro país y de occidente. Hace casi 500 años, al mando de la Santa Liga, con más de 200 galeras y 100.000 hombres, cuando se luchaba en la mar, cambiaron el curso de la historia, ante la amenaza expansionista del Imperio Otomano, que desde Estambul alentaba la piratería y el cautiverio por parte de los berberiscos de los países árabes del sur contra nuestras costas, que entonces incluían Cerdeña, Sicilia y Nápoles. Y que pretendía invadir primero Chipre y después avanzar hacia Occidente: seguiría Malta, Italia después y más allá, Hispania. En Lepanto derrotamos a un enemigo invasor, con más galeras y hombres a las órdenes de Suleiman I y acabamos con la piratería de los países árabes del mediterráneo sur, que los turcos auspiciaban y promovían.

Nos quedamos escuchando a Melina Mercouri cantar “Ta pedia tu Pirea” (los chicos del Pireo)¹. ¡Os recomiendo que la escuchéis en youtube para ambientaros con esta Grecia tan auténtica!

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=YCFXGanTx4A>

